

# El nuevo héroe de Europa

## El franquismo catalán y la fascinación por Hitler y el nazismo en guerra (1940-1943)<sup>1</sup>

Francesc Vilanova

CEFID-UAB

Fundació Carles Pi i Sunyer

¿No es una paradoja que los dos propulsores más grandes que la arquitectura ha tenido en nuestra época, Hitler y Mussolini, deban servirse de esta arma [la aviación] contra la arquitectura? No dudéis de que a esos dos hombres la acción destructora de los aviones de bombardeo les horroriza. Pero el atraso moral de la humanidad no les permite hacer otro uso de esta nueva arma.[...] Suponer que cada uno de esos dos hombres encarna un genio de la destrucción sería grotesco. Ambos han creado o impulsado la construcción de grandes monumentos

Romano [Manuel Brunet], “La guerra y la arquitectura”, *Destino. Política de Unidad*, 186, 8 febrero 1941.

A principios de marzo de 1946, el dictador español, general Francisco Franco Bahamonde, inauguró nuevas salas en el Museo de Ejército, en Madrid.<sup>2</sup> En el transcurso del discurso –trufado de solemnes sentencias, del tipo: “La base de nuestro Movimiento es aunar lo nacional con lo social bajo el imperio de lo espiritual”; o: “El marxismo ha fracasado en el mundo; el marxismo que Rusia exporta no es igual al comunismo que practica”–, dejó caer una de las afirmaciones más célebres de las muchas con que regaló los oídos de los españoles: “Yo soy la centinela que nunca se releva, la que recibe los telegramas ingratos y dicta las soluciones; la que vigila mientras los otros duermen...”. La metáfora era poderosa: en la oscuridad, el silencio y la soledad de la noche, en la más aciaga de las horas, alguien velaba por los españoles, sin descanso, sin desmayo, en un acto de sacrificio personal que nadie le reconocería.

Cinco años antes, en los albores de una nueva era europea –en la que el franquismo esperaba jugar un papel activísimo y relevante–, el corresponsal en Berlín del semanario franquista catalán *Destino. Política de Unidad*, el célebre periodista Manuel Penella de Silva,<sup>3</sup> también había

---

1. Esta comunicación es un avance de un trabajo más extenso acerca de la fascinación que despertó la dictadura nazi y su proyección político-militar europea en el mundo mediático español, sobre todo en las grandes publicaciones de Barcelona (el semanario *Destino. Política de Unidad* y los periódicos *Diario de Barcelona* y *Solidaridad Nacional*), entre los años 1939 y 1943, en la primera fase de la guerra europea.

2. “Solemne acto. S.E. el Jefe del Estado inauguró ayer cinco nuevas salas en el Museo del Ejército. Los generales, jefes y oficiales que asistieron, así como la multitud que se congregaba en los alrededores del edificio, tributó al Caudillo entusiastas ovaciones. Terminado el acto se organizó una manifestación de varios millares de personas que desfiló dando vivas patrióticos, disolviéndose pacíficamente”, *Diario de Barcelona*, 8 marzo 1946.

3. Nacido en Valencia en 1910, ejercía de corresponsal en Berlín, tras su paso como jefe local de Falange en Leipzig. En la capital alemana trabajó para *Diario de Barcelona*, *Destino. Política de Unidad* y *El Alcázar*, y compartió vivienda, opiniones y bebida con Ramón Garriga Alemany, el corresponsal de *La Vanguardia*

invocado la noche y la vigilia del líder carismático: “¡La noche! ¡La noche! He aquí el tema extraño y virgen de la Gran Alemania. Duerme el pueblo ario, el de los hijos de la luz, mientras su Führer, bajo la luna que saca platas de aquellas montañas, atento al bien de su pueblo, cosecha inspiración en las profundidades de la noche. ¿Y qué negara ella a sus fieles enamorados?”<sup>4</sup> Su compañero de redacción en el semanario, el periodista católico y excatalanista Manuel Brunet, por aquellas mismas fechas salía en defensa del dictador alemán: “Suponer que el Führer contempla con satisfacción las fotografías de las ruinas de la catedral de Coventry sería un insulto que no perdonaría un hombre que siente la arquitectura y la ama como a una esposa...”<sup>5</sup>

¿Qué tienen en común estas tres citas? La fascinación –y la autofascinación, en el caso del dictador español– ante el líder carismático y su obra, sus proyectos, sus realizaciones, su sacrificio sobrehumano. Quizá los historiadores no hemos prestado suficiente atención a ciertas imágenes y metáforas, pero he aquí unos elementos que vincularon a los tres grandes dictadores de los primeros cuarenta en Europa: los gigantes que tutelan el sueño de sus súbditos, los gigantes que proyectan la nueva arquitectura de Europa, la arquitectura política, geográfica, pero también la nueva urbanización del continente. El periodista británico Laurence Rees, especialista en la Alemania nazi, se interrogó acerca del “oscuro carisma de Hitler”;<sup>6</sup> su biógrafo de referencia, sir Ian Kershaw, analizó, en uno de sus numerosos trabajos, *El mito de Hitler*.<sup>7</sup> Estas investigaciones, sin embargo, no serían posibles sin la materia que, en los años de la segunda guerra mundial, tejió, alimentó la fascinación, la absoluta admiración por el “genio” alemán y su obra, la emprendida ya en 1933 y la que tenía entre manos en 1940 y 1941.

Fascinación, admiración incontenible, etc., son los términos que se nos presentan para intentar comprender el proceso intelectual que se desarrolló, a partir del verano de 1940, en la España franquista; un despliegue oficial y oficioso, repleto de consignas oficiales y colaboraciones autónomas y sinceras, de discursos, análisis, afirmaciones, etc., que debían servir para contar a la población dos hechos de una evidencia incontestable: la grandeza, la naturaleza genial del Führer Hitler; y la gran promesa que escondía el futuro inmediato, la eclosión de una nueva Europa, entendida como una “hora de liberación” tras el cáncer cicatrizado,<sup>8</sup> un “bloque continental” compartido por Alemania, Italia, España y Francia, siempre que esta última olvidase definitivamente su “vanidad trasnochada” y sus “ambiciones fuera de lugar”;<sup>9</sup> o, si se buscaba una

---

*Española* y ocasional colaborador de *Mundo*. Ambos tienen en común haber escrito dos libros en 1945 (*El ocaso de los dioses nazis*, de Ramón Garriga; *El número 7*, en el caso de Penella de Silva), donde afirman haber sido antinazis, haber previsto la derrota alemana y haberse manifestado –entre líneas y cuando la censura franquista no se daba cuenta– aliadófilos y probritánicos desde el primer día de la guerra. Naturalmente, sus crónicas berlinesas –censuradas o no– desmienten todos sus argumentos exculpatorios de 1945.

4. Penella de Silva, “El trabajo del Führer. La tarea en la noche”, *Destino. Política de Unidad*, 185, 1 febrero 1941.

5. Romano [Manuel Brunet], “La guerra y la arquitectura”, ya citado. Polemista político de gran prestigio en el mundo conservador catalán anterior a la guerra civil, Manuel Brunet reapareció después de 1939, en el semanario *Destino. Política de Unidad*, para ocuparse del análisis de la situación internacional, con un marcado sesgo católico (vaticanista, más exactamente), y con unos planteamientos profundamente antirepublicanos y antizquierdistas, lo que le valió las iras de los catalanes anti franquistas exiliados, que le acusaron de traidor y colaboracionista con la dictadura. Francesc Montero, de la Universitat de Girona, le ha dedicado una extensa tesis doctoral.

6. Laurence Rees, *El oscuro carisma de Hitler*, Barcelona, Crítica, 2013.

7. Barcelona, Crítica, 2012.

8. Ignacio Agustí, “La otra mitad del alma”, *Destino. Política de Unidad*, 155, 6 julio 1940. Ignacio Agustí, poeta y periodista en lengua catalana antes de 1936, fue uno de los fundadores del semanario en Burgos y su director, en Barcelona, hasta mediados de los años cincuenta. Fue uno de los intelectuales más importantes del franquismo catalán, sobre todo en las dos primeras décadas. Su proyección pública como periodista y analista político, se vio reforzada por los éxitos notabilísimos de sus novelas englobadas en *La saga de los Riús: Mariona Rebull, El vuido Riús*, etc.

9. Santiago Nadal, “Ante el fin de la Entente Cordiale”, *Destino. Política de Unidad*, 156, 13 julio 1940. Nadal, formado en las filas de la extrema derecha monárquica y españolista de Derecha de Cataluña en los años treinta, pasado por diferentes periódicos franquistas durante la guerra civil, disponía de una ventaja incomparable: por una parte, dirigía la información internacional de *La Vanguardia Española*, bajo la atenta

explicación más amplia, esta “organización racional del continente por encima de las diferencias nacionales, en cuanto éstas se estiman superadas. Naturalmente”, proseguía el analista, “ello obliga a soportar grandes sacrificios a los pueblos sometidos, por grande que sea la corrección del control alemán...”.<sup>10</sup>

El aparato intelectual-mediático-periodístico de la dictadura –con dos centros esenciales de producción: Madrid y Barcelona– padeció un deslumbramiento sin precedentes, que iba a sumarse a los ecos triunfales de abril de 1939 y la victoria franquista en la guerra civil. Después del Año de la Victoria, el inicio de la segunda guerra mundial en Europa y, sobre todo, la caída de Francia en junio de 1940, la conmoción fue absoluta. Tras la afirmación del joven profesor de instituto y aspirante a escritor falangista Eugenio Nadal<sup>11</sup> –“Barridos los mástiles por la ofensiva más fulminante de la historia, arría sus maltrechas banderas la Revolución Francesa en su propia Patria...”–,<sup>12</sup> era visible el entusiasmo franquista más absoluto. La caída de Francia –estrepitosa, rápida, inapelable– representaba una catarsis espectacular, como no se había visto en Europa en el último siglo y medio. Eugenio Nadal no exageraba cuando se remontaba a 1789. Otro de los pilares fundamentales del semanario catalán, Manuel Brunet, iba un poco más lejos en su inventario de culpabilidades: “después de la lectura de innumerables artículos”, escribía, “se llega a la conclusión de que las principales causas de corrupción del país [Francia] han sido las leyes laicas, el divorcio, los judíos y los extranjeros”.<sup>13</sup> Pero había más, mucho más; Manuel Brunet proseguía: “La causa de la corrupción de Francia fue el régimen fundado en el sufragio universal y en el mercantilismo electoral”, minado y dominado por la masonería, “consustancial al Régimen”, ya que “la Tercera República era un Estado masónico fundado en la Masonería como religión”.

Pero Francia, o lo que quedaba de este país, ahora en manos “del glorioso Mariscal de Francia que saca de las ruinas de su patria rescoldo para una futura reconstrucción”,<sup>14</sup> era una pieza casi menor en el nuevo y gigantesco tablero europeo que estaba construyendo, a sangre y fuego, Alemania con Adolf Hitler a la cabeza. Un Führer que desataba elogios por doquier. Un personaje tan curioso como el húngaro Andrés Revesz, comentarista habitual en *ABC* y *Blanco y Negro* de Madrid, y en *Destino* de Barcelona,<sup>15</sup> no tuvo ningún reparo en afirmar que “nadie me ganará en admiración hacia Hitler y su pueblo...”.<sup>16</sup> Cuatro años más tarde, y sin inmutarse, publicó *Alemania no podía vencer*;<sup>17</sup> en la solapa del libro se afirmaba que “ya en 1939 y 1940, cuando la Wehrmacht barría literalmente a sus adversarios en todos los campos de batalla del Continente, señaló Revesz la

---

vigilancia de Luis de Galinsoga, custodio de la ortodoxia franquista más estricta. Por otra parte, gozaba de una notable libertad y un apoyo sincero de los responsables de *Destino* (Ignacio Agustí y Josep Vergés), lo que le permitía expresarse con mayor margen de autonomía en el semanario. Sin embargo, una lectura paralela de su sección “Nota del día” en el periódico de conde de Godó y los comentarios semanales en *Destino*, no revela grandes diferencias, aunque sí algunos matices, silencios, etc.

<sup>10</sup>. Santiago Nadal, “Un problema fundamental para la nueva Europa”, *Destino. Política de Unidad*, 199, 10 mayo 1941.

<sup>11</sup>. Eugenio Nadal Gaya, hermano del abogado y periodista especializado en política internacional Santiago (quien trabajaba en *La Vanguardia Española* y *Destino*, de forma simultánea), intentó hacerse un hueco en el nuevo panorama literario e intelectual de la Cataluña franquista, con unas colaboraciones ortodoxamente franquistas y falangistas, que podían llevarlo del escenario de la guerra a la literatura del Siglo de Oro español. Su prematuro fallecimiento, en 1944, quebró su proyección. Que el Premio Nadal, de la editorial Destino, creado en memoria suya como artefacto de franquistización y españolización culturales, haya sobrevivido hasta la actualidad, sin que nadie cuestione sus orígenes, es una de las muchas anomalías postfranquistas que todavía están presentes en la España del siglo XXI.

<sup>12</sup>. Eugenio Nadal, “Francia e Inglaterra”, *Destino. Política de Unidad*, 156, 13 julio 1940.

<sup>13</sup>. Romano [Manuel Brunet], “Las cuatro plagas de Francia”, *Destino. Política de Unidad*, 168, 5 octubre 1940.

<sup>14</sup>. Pie de ilustración, *Destino. Política de Unidad*, 156, 13 julio 1940.

<sup>15</sup>. Este pintoresco personaje se ganaba la vida como “especialista en política internacional” en la prensa de Madrid y Barcelona, traducía todo tipo de libros, perpretaba biografías de grandes personajes históricos y escribía novelas rosas.

<sup>16</sup>. Andrés Revesz, “El negocio de los norteamericanos”, *Destino. Política de Unidad*, 192, 22 mayo 1941. La afirmación desapareció oportunamente del artículo, cuando lo reprodujo en su libro *Alemania no podía vencer*.

<sup>17</sup>. Los Libros de Nuestro Tiempo, Barcelona, 1945.

imposibilidad de una victoria germana...”. Sin embargo, el libro no recoge el siguiente diálogo – Revesz escribía sus artículos, al menos en *Destino*, en forma de diálogos, con preguntas y respuestas con un interlocutor ficticio, que era él mismo–, de mayo de 1941:<sup>18</sup> “Yo no sé si el noble lord Halifax habla en serio o en broma; si es un iluso o un humorista. ¿No dice ahora que esta vez los aliados no van a cometer el error de 1918; es decir, que ocuparán Berlín?”. Y la respuesta: “Desde luego, para el porvenir sus palabras seguramente no pasarán de la categoría de intención, de “pío deseo”...”.<sup>19</sup> Con razón la escritora catalana M. Aurèlia Capmany lo acusó de ser “un gran profeta retrospectiu” que, como buen “oportunist”, olvidó muy deprisa.<sup>20</sup>

Sin embargo, la fascinación iba más allá de las “profecías retrospectivas”. Manuel Penella de Silva –a quien ya hemos leído en su evocación nocturna del Führer– volvería a la carga, a raíz del discurso del dictador alemán, del 30 de enero de 1941.<sup>21</sup> Después de preguntarse “¿Cómo no ha de ocupar una gran parte de los sobrehumanos quehaceres de Adolfo Hitler el cultivo amoroso de la fe de su pueblo corta y profunda como la de todos?”,<sup>22</sup> el periodista señalaba el sentido de la oportunidad del dictador, “el genio del Nacional-socialismo”, que intuyó la posible preocupación de los alemanes por el futuro, y habló: “Adolfo Hitler conoce la naturaleza humana, preve sus debilidades, sabe que los paréntesis largos sin acontecimientos militares o políticos que levantan en vilo la masa son germen de duda...”. Ante tanta inquietud, “habló Hitler y sigue poniendo el bálsamo de su palabra en todas las llagas. El fantasma norteamericano quedó bloqueado por una colosal barrera de submarinos; el de las privaciones, por un ordenamiento económico que no tardará en hacerse; el del invierno, por una primavera con bélicos clarines; el del cansancio, por un “ya falta poco”, y el del temor a lo desconocido, por un anuncio de una victoria aplastante antes de que muera el año. Todo ello dicho y entonado en forma tal, que no hay miedo de que mientras quede en el calendario una sola hoja de mil novecientos cuarenta y uno vuelva a respirar la duda en el cerebro de los alemanes”.

El discurso conmemorativo de la llegada al poder de 1941 era interesante por otra razón: todavía faltaban seis meses para que la guerra en Europa diera un salto gigantesco con la ofensiva sobre la Unión Soviética. Quiero decir con ello que los franquistas, catalanes o no, tenían ante sus ojos a un Führer que había conseguido derrotar a Francia; que había expulsado la Gran Bretaña del continente; que había demostrado con hechos que Alemania estaba en marcha otra vez; que casi todo el continente le pertenecía; pero aún le faltaba poner pie en la cima de su proyecto: la destrucción del bolchevismo soviético, que arrastraría al imperio británico y, en definitiva, condenaría definitivamente las democracias liberales.

A pesar de encontrarse a medio camino de sus objetivos finales, Hitler ya era el nuevo héroe de Europa, de cierta Europa, y, como escribía el corresponsal del periódico falangista barcelonés *Solidaridad Nacional*, Lamuño, “la repetición anual del espectáculo” conmemorativo del 30 de enero, “no da motivo a que, de cualquier manera se adminore la admiración que se siente al ver la entusiástica cordialidad o indestructible unión de Hitler y su pueblo”.<sup>23</sup> Si era cierta la traducción que ofrecía la prensa española, Hitler había prometido que 1941 sería “el año histórico de un gran orden nuevo en Europa” (*Diario de Barcelona*, 31 enero 1941), levantado sobre la destrucción del imperio británico. Pero más allá de los típicos y previsibles contenidos del discurso, los elementos de más interés debían buscarse en la admiración que el acto, la escenografía, el personaje, etc., despertaban en el espectador franquista: “Decoración, la acostumbrada; gentío, el mismo; disciplina, la de siempre; y, en todo lo alto de la gran nave del Palacio de Deportes berlinés, como lema de este día, blanco sobre rojo: “La Victoria está con nuestra bandera”. Por el pasillo

<sup>18</sup>. Andrés Revesz, “Perspectiva lejanísima”, *Destino. Política de Unidad*, 200, 17 mayo 1941.

<sup>19</sup>. Unos meses antes, había afirmado: “Londres se ha convertido en un infierno; sin embargo, los ingleses no se rinden. ¿Por qué se rendirían los alemanes, aun en el caso, poco probable, de que fuera destruida la cuarta parte de Berlín?” (“Esperanzas británicas”, *Destino. Política de Unidad*, 170, 19 octubre 1940).

<sup>20</sup>. M. Aurèlia Capmany, *Pedra de toc/2*, Barcelona, Nova Terra, 1974, p. 95.

<sup>21</sup>. “Discurso de Hitler. El año 1941 –dice el Führer– será el año histórico de un gran orden nuevo en Europa”, *Diario de Barcelona*, 31 enero 1941.

<sup>22</sup>. Penella de Silva, “El reloj de la fe”, *Destino. Política de Unidad*, 186, 8 febrer 1941.

<sup>23</sup>. Lamuño, “Alemania, entrañablemente unida a su Führer”, *Solidaridad Nacional*, 31 enero 1941.

central van llegando las personalidades del Partido, cuyo paso hasta la gran tarima vitorea la muchedumbre...”<sup>24</sup> Hitler y Goebbels entraron acompañados de los gritos de entusiasmo de la multitud; cuando el ministro de Propaganda se dirigió a los seguidores nazis para expresar su gratitud al Führer, sus palabras “levantaron la primera grande y larga ovación de la tarde, con un ensordecedor pateo, que es en Alemania la expresión máxima de jubiloso entusiasmo”.

En aquel enero de 1941, Hitler “ha hablado pura y exclusivamente para su pueblo y no para el mundo. Es evidente que todo el discurso, buena pieza oratoria, cargada de ironía y de oportunos chistes, ha tenido por principal objeto alentar la moral del pueblo, transmitirle la inquebrantable fe que reina en el corazón de su Führer y asegurarle, de un modo firme, que, si bien falta lo más grande, su consecución total es cuestión de pocos meses”.<sup>25</sup>

Precisamente, este no haber culminado lo que había dibujado años atrás en *Mein Kampf*, el *Drang nach Osten*, era lo que inquietaba a los analistas catalanes. Manuel Brunet, Romano, que venía de escribir líneas entusiastas acerca de la vocación constructora y arquitectónica de los dictadores europeos (“La guerra y la arquitectura”, ya citado), señalaba esta aparente contradicción: “Hitler creía que sería posible encontrar la manera de que Alemania llegara a una colaboración en Inglaterra y Francia, dos civilizaciones para las cuales ha demostrado tener el máximo respeto”,<sup>26</sup> para lanzarse contra la Unión Soviética. Si el dictador alemán hubiese tenido suerte [*sic*] —es decir, hubiese contado con la colaboración francobritánica—, “la necesidad de expansión habría dado ya a Alemania un imperio mutilando a esta Rusia multiforme y caótica. Esta Rusia bárbara que estrecha en su puño a varios pueblos habría sido sustituida por un imperio alemán que a estas horas llegaría al Cáucaso”. “Hitler es un hombre genial, pero no es un hombre afortunado”, añadía Manuel Brunet. La resistencia británica había frustrado el gran objetivo, que Brunet imaginaba en unos términos esperanzadores y optimistas: “La mutilación de Rusia habría sido un beneficio enorme para la civilización. En poco tiempo las márgenes del Mar Negro habrían sido un país tan civilizado por lo menos materialmente, como cualquier región alemana. Con un poco más de suerte, Hitler podía, después de un rápido paseo militar, construir un imperio germano-eslavo”.

Sin embargo, el pesimismo de los observadores no estaba justificado. En la recta final de su discurso, Hitler había enseñado claramente sus cartas: “El programa no puede ser otro que la unión de todos en el mundo; la ruptura y el aniquilamiento de los intereses particulares y el fin de la tiranía ejercida por ciertos pueblos. Este año proporcionará, realmente, las bases de una inteligencia entre los pueblos y, por consiguiente, la paz”. El resumen periodístico señalaba, también, que Hitler recordó a sus oyentes que “ya en primero de septiembre de 1939, dijo en el Reichstag que si el otro Continente llegara a ser precipitado en una guerra por la acción de judería, ésta dejaría de una vez para siempre de desempeñar un papel en Europa, sea el que sea”: “Acaso, hay quien se burle de estas palabras, pero vemos como nuestro criterio sobre las razas adquiere carta de naturaleza en otros pueblos, y confío en que también aquellos países que siempre se nos mostraron hostiles reconocerán algún día que su mayor enemigo no hemos sido nosotros, sino que lo tienen en el interior, y entonces formarán un frente común con nosotros; el frente de la humanidad aria contra los explotadores judíos internacionales”.<sup>27</sup> El falangista Lamuño lo resumió en unos términos que, en la referencia a los judíos, parecen proyectar una amenaza cierta y realizable en los años siguientes: “Pero el año 1941 será también el año del nuevo orden europeo, ha añadido el Führer, al mismo tiempo que en alguna de las últimas frases de su gran discurso convocaba a los pueblos

<sup>24</sup>. Penella de Silva, “La victoria está con nuestra bandera”, *Diario de Barcelona*, 31 enero 1941.

<sup>25</sup>. No debe olvidarse que, tradicionalmente, el aniversario de la llegada al poder de los nazis provocaba un amistoso cruce de telegramas entre el Führer alemán y el Caudillo español. En 1941, por ejemplo, el dictador español empezaba: “Al cumplirse los ocho años, desde que la suerte de la Gran Alemania ha sido confiada a V.E., transmito mi cordial saludo y mis sinceros votos por vuestra salud personal y por la prosperidad de vuestro país”. Hitler contestaba con un agradecimiento y deseando “mis mejores votos por la prosperidad de España” (“Telegramas cruzados entre el Caudillo y el Führer”, *Diario de Barcelona*, 1 febrero 1941).

<sup>26</sup>. Romano, “En el octavo aniversario del Tercer Reich”, *Destino. Política de Unidad*, 186, 8 febrero 1941.

<sup>27</sup>. “Discurso de Hitler...”, *Diario de Barcelona*, 31 enero 1941.

Europeos para unirse en un frente ario que trata de resolver el problema judío en su totalidad por lo que se refiere a nuestro Continente”.<sup>28</sup>

Unas semanas antes del discurso conmemorativo de la toma del poder, Hitler se había dirigido a un numeroso grupo de trabajadores alemanes de una fábrica de armamento.<sup>29</sup> Sus argumentos centrales eran ya conocidos: el reparto desigual e injusto del mundo y sus recursos naturales, con un sesgo favorable a Francia y la Gran Bretaña; el daño provocado por el Tratado de Versalles y los esfuerzos para liquidarlo; el egoísmo de los grandes países capitalistas, etc. No había grandes novedades doctrinales y, sin embargo, un periodista cualificado intelectualmente como Manuel Brunet afirmaba que jamás “un Jefe de Estado había dirigido a los privilegiados del capitalismo frases tan fuertes, críticas tan duras y amenazas tan contundentes...”.<sup>30</sup> Su colega Penella de Silva aun iba más lejos: “Nada de retóricas, nada de filosofías complicadas, nada de conservadurismo donde nadie tiene ni quiere conservar, y mucho de revolución, mucho de “dos y dos son cuatro”. Adolfo Hitler ha hablado en Jefe de Estado y en gran jefe de obreros...”.<sup>31</sup> Y, adelantándose a lo que escribiría Brunet unos días más tarde, añadía: “Brioso y revolucionario el párrafo dedicado a los accionistas y consejeros-delegados de antaño. Altivo desprecio del oro y resuelta la afirmación de que el oro alemán es la capacidad de trabajo de su pueblo. Lírico en la definición del ideal de la Gran Alemania en una sola palabra: ¡Trabajo! Cautivador, al referirse a los grandes planes que para el bienestar y el embellecimiento de ciudades y campos guarda en cartera en espera de la paz. Duro al traer a la memoria de todos los sucesivos fracasos de sus ofertas para humanizar la guerra. Irónico, al mencionar al enemigo. Orgullosa, al mencionar a su Ejército. Emotivo, al señalar el sacrificio de las mujeres alemanas que han perdido sus hombres por la gran causa nacional... El remate de su discurso fueron palabras de gratitud, palabras de promesas y palabras de estímulo...”. Al final, el periodista valenciano acababa por comprender al Führer: “Después de oírle, comprendemos que para Adolfo Hitler, como para la nación alemana, esta guerra no tiene únicamente como objetivo la libertad de la nación alemana y el triunfo de las naciones pobres sobre las que todo lo tienen, sino también la imposición al mundo de un nuevo orden social...”.

La recepción entusiasta y admirativa de los discursos de Hitler es un género en sí mismo y una de las mejores herramientas para calibrar la fascinación franquista por lo que estaba sucediendo en Europa a raíz de la caída de Francia y en vísperas de nuevos y mayores acontecimientos. En esta línea, el impacto de la Operación Barbarroja y las dimensiones de los éxitos militares del verano de 1941, fue brutal. Basta recordar a Manuel Penella de Silva acudiendo con otros colegas “mal afeitados y arreglados, pero contentos como chicos” a la conferencia de prensa, en el ministerio de Asuntos Exteriores, don Von Ribbentrop iba a anunciar oficialmente que Alemania estaba en guerra con la Unión Soviética: “al fin toda la potencia militar del Reich se vuelca sobre el mundo soviético en cruzada liberadora. Hay que rescatar la segunda parte del mundo y los millones de criaturas que en ella arrastran miserable vida. Por esto aplaudimos espontáneamente, olvidándonos de que somos actores”; y acaba Penella: “al fin, aunque a la rastra, viene a salir al circo la fiera cuyo exterminio deseamos desde hace veinticinco años”.<sup>32</sup>

En otro lugar escribí acerca de la pulsión casi erótica de los observadores franquistas ante el ataque a la Unión Soviética.<sup>33</sup> La exaltación desde los niveles más altos del poder –la imagen de Ramón Serrano Suñer gritando “¡Rusia es culpable!” ante una multitud enfervorizada, en Madrid–, hasta las páginas más modestas de los periódicos de los sitios más recónditos de España, recorrió el sistema franquista con una intensidad y una rapidez nunca vistas. Sin embargo, debajo de las consignas y exageraciones, elogios ditirámicos y exclamaciones extasiadas, subsistía una cierta capacidad de análisis de la situación, que reforzaba la confianza y admiración por Hitler y su

<sup>28</sup>. Lamuño, “Alemania...”, ya citado.

<sup>29</sup>. “Discurso de Hitler. “No se combate –dice el Führer– entre dos bandos de pueblos, sino entre dos mundos distintos”, *Diario de Barcelona*, 11 diciembre 1940.

<sup>30</sup>. Romano, “Uno de los dos mundos debe desaparecer”, *Destino. Política de Unidad*, 179, 21 diciembre 1940.

<sup>31</sup>. Penella de Silva, “Un buen discurso y a tiempo”, *Diario de Barcelona*, 11 diciembre 1940.

<sup>32</sup>. Penella de Silva, “En busca de la más grande y alucinante victoria”, *Diario de Barcelona*, 24 junio 1941.

<sup>33</sup>. Francesc Vilanova, *El franquismo en guerra*, Barcelona, Península, 2005, pp. 101 y ss.

proyecto. Por ejemplo, por primera vez pudo señalarse, con justicia, la auténtica dimensión europea de la guerra, la idea de que tras el conflicto provocado por Alemania existía un proyecto de creación de una *nueva* Europa: “La gran campaña militar de Adolfo Hitler se demuestra ya como el mejor aglutinante del interés espiritual y material de toda Europa. Por primera vez la unión de Europa es un hecho”, escribía Penella de Silva, quien añadía que “sin distinción de religiones, de idearios, de filosofía, de idiosincrasias, de mentalidades y de razas, todos los hombres anhelan la victoria de las armas alemanas en Rusia”.<sup>34</sup> La nueva cruzada en el este europeo “aglutina el anhelo de todos”, “toda Europa sigue y alienta a Adolfo Hitler en la cruzada contra el comunismo, dándole al mismo tiempo, un voto de confianza respecto a la labor constructiva, al ordenamiento y a la organización de la paz que ha de seguir. Con que una sola de las partes, la negativa, la de la destrucción del régimen nefasto, sea pronto un hecho, Adolfo Hitler merecerá en la historia un lugar mucho más honroso que el alcanzado hasta ahora por todas sus campañas. Mas si a esto se añade el acierto en la segunda parte, en la positiva, en la de la organización de la paz con salvación de los valores espirituales, esto es, religiosos, éticos, morales de todos los pueblos de Europa, no a semejanza de Versalles, injusto, dislocador, malsano y tan corrompido que ha podido subsistir con y por él esa monstruosidad de Estado soviético durante un cuarto de siglo, Adolfo Hitler será el hombre más grande de la historia”.

“La fulminante decisión del Führer, conductor del país que ha tenido que sufrir la vecindad del Monstruo; al mando, hoy, del más portentoso de los Ejércitos, torna, con la rapidez del rayo, al tema de sus fervores iniciales, con armónica y genial intuición. La trayectoria del Führer será la del paladín decisivo con la URSS [...]. Hitler logrará una real cima histórica [...], al asestar, sin aleaciones, ni conmixtión alguna, el golpe de gracia a la revolución hasta el último de sus fermentos”,<sup>35</sup> escribía Ignacio Agustí en el que se suponía era el semanario español más aliadófilo, más europeísta, etc. (al menos, ésta es la versión que hicieron correr algunos de sus fundadores y periodistas años más tarde), del momento. En el mismo lugar, Santiago Nadal reconocía en Hitler “el político más genial que actualmente existe en Europa”.<sup>36</sup>

Los acontecimientos de verano de 1941 justifican por sí mismos todos los discursos entusiastas dedicados a Hitler y a su *nueva* Alemania.<sup>37</sup> Sin embargo, debemos insistir que la fascinación franquista por el nuevo héroe europeo y su proyecto no tuvo nada de coyuntural, de

---

<sup>34</sup>. Penella de Silva, “La cruzada anticomunista, aglutinante de las naciones de Europa”, *Diario de Barcelona*, 25 junio 1941.

<sup>35</sup>. Ignacio Agustí, “Cara o cruz”, *Destino. Política de Unidad*, 206, 28 junio 1941.

<sup>36</sup>. Santiago Nadal, “Preludio y perspectiva de la campaña de Rusia”, *Destino. Política de Unidad*, 206, 28 junio 1941.

<sup>37</sup>. Entre la abundantísima literatura franquista de aquellas jornadas veraniegas, podemos tomar el siguiente texto como muestra significativa de la síntesis casi perfecta entre nacional-catolicismo franquista, anticomunismo, y fascinación pronazi, que culmina, en un primer momento, en los episodios bélicos iniciales del frente del Este: “A las 12.30 horas de este domingo, que será memorable, las ondas difundirán a través del éter la voz del Vicario de Cristo en la tierra, que dirigirá a todo el Orbe su anunciado mensaje sobre “La Providencia Divina en los acontecimientos humanos”. Poco antes, o algo después, la radio llevará al mundo entero la noticia, amplia y detallada, de la victoria militar más colosal de todos los tiempos, obtenida sobre el mayor enemigo que ha conocido la humanidad: el comunismo soviético. El Santo y sabio Pontífice que rige los destinos de la Iglesia católica, ha elegido un momento histórico, casi sin parangón, y la fecha más adecuada: la festividad de San Pedro Apóstol. El Estado Mayor alemán también ha tenido acierto al elegir la festividad de hoy para la publicación de su sensacional parte de guerra. Porque a lo mejor anuncia que la “Ciudad de Lenin” (Lenin-grad) ha pasado a la historia, resurgiendo la “Ciudad de San Pedro” (San Petersburg). El síntoma no puede ser más elocuente sobre el altísimo significado de la derrota del comunismo ateo: la victoria de la Civilización Cristiana de Occidente, consagrada, precisamente, el día de la festividad del príncipe de los Apóstoles. Pero aún queda otra coincidencia, que llama poderosamente la atención hasta sobrecojer el ánimo del creyente, y hace resaltar mayormente los acontecimientos de esta jornada histórica. En efecto, fue precisamente un día 29 de junio, festividad del primer Apóstol, cuando Pedro el Grande de Rusia fundó la ciudad de San Petersburgo, corriendo el año 1703” (“Hora universal. La voz del Papa y el comunicado de Berlín”, *Diario de Barcelona*, 29 junio 1941). No debemos olvidar que, terminada la guerra y desaparecido Hitler de los discursos franquistas, sólo Pío XII podía resistir la comparación con el Caudillo, erigiéndoles a ambos en los nuevos héroes de Europa..., después de 1945.

episódico. Estabilizado el frente bélico en territorio soviético con las primeras oleadas de frío y mal tiempo, la noticia de que Hitler había alcanzado el título de generalísimo de los ejércitos alemanes,<sup>38</sup> actuó como un nuevo acelerante retórico. La pieza que Manuel Brunet le dedicó en *Destino. Política de Unidad*,<sup>39</sup> es digna de una antología. “La Historia lo comparará con los más grandes genios militares de todas las épocas”, escribía el periodista catalán. Y continuaba: “Lo que ha hecho este hombre, este estudiante de arquitecto, con la espada en la mano, no lo ha superado tal vez nadie, según reconocen sus más acérrimos enemigos...”. Un conquistador sin carrera militar, sin pasar por las Academias, capaz de dirigir “directa y personalmente” la conquista del continente; en definitiva, “este hombre está dotado de un instinto militar extraordinario”. Para finalizar el artículo, Manuel Brunet hacía una proyección de futuro: “Inútil dar vueltas al asunto. Lo que nos atreveríamos a afirmar sin temor a equivocarnos es que cuando Adolfo Hitler haya pasado a la Historia, alrededor de su tumba, no sabemos si modestísima o gigantesca como una pirámide, se levantará otra pirámide de literatura. En el siglo XXI, y más allá todavía, habrá, como en el caso de Napoleón, admiradores fanáticos y también enemigos fanáticos del Führer del III Reich. Este hombre será estudiado minuciosamente, examinado con lupa. Su concepción de la vida y de la política interesará tanto como su conquista del poder, como sus batallas. Y de la misma manera que la III República francesa impulsaba los estudios napoleónicos, un día el Estado alemán, hitleriano o no, impulsará los estudios hitlerianos. Como en el caso de Napoleón, a favor de la perspectiva, admiradores y adversarios reconocerán que ni la historia antigua, ni Napoleón, ofrecen el ejemplo de una vida tan singular y tan brillante. Napoleón llegó al poder abriéndose paso con la espada, como todos los que no han nacido príncipes. Hitler, caso tal vez único, o por lo menos el de más magnitud, llegó al poder sin espada y la ha manejado acaso mejor que el gran corso”.

Pasaba el tiempo y la guerra, pero las valoraciones seguían por los mismos caminos transitados en los años anteriores. Cuando llegó la hora de conmemorar el noveno aniversario de la llegada al poder, en enero de 1942, el pueblo alemán continuaba gobernado por “un orador excepcional; de enjundia y de forma; de frase amable y de filípica honda e hiriente, como la que fulminó al preguntar qué pretenden esperar de esta guerra las potencias que teniéndolo todo luchan contra las que nada tienen que perder...”.<sup>40</sup> El discurso de enero de 1942 se vio favorecido por una coyuntura bélica todavía positiva para los intereses alemanes. Se mantenía el impulso en el frente oriental, a pesar del invierno; la entrada de los EEUU en la guerra no había alterado los equilibrios, de momento; etc. En este contexto favorable, a Andrés Revesz también le gustó mucho, el discurso del 30 de enero, por la “sinceridad” con que se expresaba Hitler, la “claridad” del “estadista” alemán, tanto en el acto conmemorativo como en las páginas de *Mein Kampf*.<sup>41</sup> Y Santiago Nadal daba en el clavo al resumir perfectamente qué era lo que hacía admirable a Hitler: la promesa de la destrucción de la URSS; su afirmación optimista “ha sonado, sinceramente, con mucha más verdad que las palabras esperanzadas de Churchill” y, sobre todo, “mucho más agradablemente a los oídos europeos”;<sup>42</sup> sobre todo a los oídos franquistas.

Probablemente, una de las claves de una recepción tan entusiasta de los discursos de Hitler puede encontrarse en esta afirmación final de Santiago Nadal. Al franquismo y a sus portavoces mediáticos las propuestas hitlerianas no solamente les sonaban “mucho más agradablemente”, sino que les parecían creíbles y factibles, realizables, sobre todo en un punto crucial: la destrucción de la Unión Soviética. Menos importante, quizá, o menos brillante, la segunda promesa del programa hitleriano –un continente europeo nazi-fascista y, cabía suponer, franquista–, tampoco podía desdeñarse. De hecho, este era el resumen del programa esbozado por Hitler en el inicio del año 1943: <sup>43</sup> “Los vibrantes y serenos mensajes dirigidos por el Führer a su pueblo y a su ejército

<sup>38</sup>. “Una decisión trascendental. El Führer canciller se ha hecho cargo, personalmente, de la jefatura directa del ejército alemán”, *Diario de Barcelona*, 23 diciembre 1941.

<sup>39</sup>. Romano, “Hitler, generalísimo”, *Destino. Política de Unidad*, 233, 3 enero 1942.

<sup>40</sup>. “Un discurso magistralmente oportuno”, *Diario de Barcelona*, 31 enero 1942.

<sup>41</sup>. Andrés Revesz, “La guerra continuará”, *Destino. Política de Unidad*, 238, 7 febrero 1942.

<sup>42</sup>. Santiago Nadal, “La situación a través de dos discursos”, *Destino. Política de Unidad*, 238, 7 febrero 1942.

<sup>43</sup>. “Mensaje de Hitler al pueblo alemán. “Pronto vendrá el momento en que nos pondremos en movimiento para conquistar el porvenir y la vida del Reich””, *Diario de Barcelona*, 2 enero 1943.

reclaman un sobrio comentario. Llama poderosamente la atención la serenidad y sangre fría con que Hitler enfoca los acontecimientos venideros e impresiona la seguridad con que afirma: Primero, que el Continente europeo es inviolable; segundo, que Rusia será aplastada; tercero, que el Tercer Reich conocerá una paz victoriosa que le asegurará un espléndido porvenir”.<sup>44</sup> Con un entusiasmo apenas contenido, Andrés Revesz solamente podía expresar su admiración por el dictador alemán, por sus “mensajes [...] francamente magníficos”, “el don de saber exponer los problemas con tanta claridad”.<sup>45</sup> Probablemente, el mérito estaba en que “no es un orador para intelectuales, sino para la nación toda entera”.

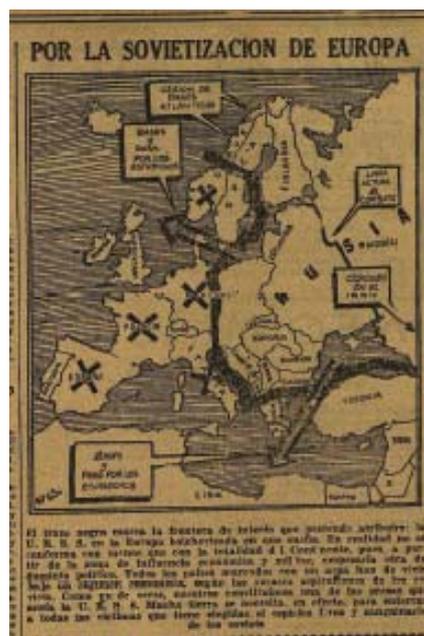
La fascinación por el nazismo en guerra y sus promesas de futuro también se alimentaba de realidades constatables, cartográficamente demostrables. Buena parte de la prensa barcelonesa de aquellos primeros años de la guerra, hizo un esfuerzo notable para incorporar gráficos, mapas, etc., con los comentarios correspondientes, para explicar mejor la realidad del momento y apuntalar las grandes predicciones que Hitler y sus subordinados dictaban continuamente. Personajes civiles y militares, como Fernando de España (*Solidaridad Nacional*), Tomás Acarreta (*Diario de Barcelona*), o el comandante Ruíz-Fornells (*Destino. Política de Unidad, Diario de Barcelona*), por ejemplo, desarrollaron una enorme habilidad para llevar la Geopolítica de inspiración germánica y sus representaciones gráficas a las páginas de la prensa. Tomando como referencia los discursos del dictador alemán entre 1940 y 1943, una traslación gráfica de sus anuncios expansionistas podría ser la secuencia de mapas –con los correspondientes comentarios– aparecidos en *Solidaridad Nacional*:



A la izquierda, mapa correspondiente al 4 de noviembre de 1940. A la derecha, el mapa fue publicado el 23 de marzo de 1941. A pesar de la mala calidad gráfica, la función pedagógica de este tipo de cartografía es evidente.

<sup>44</sup> “Hora universal. Malos vientos trae el Año Nuevo”, *Diario de Barcelona*, 2 enero 1943.

<sup>45</sup> Andrés Revesz, “Palabras del Führer”, *Destino. Política de Unidad*, 286, 9 enero 1943.



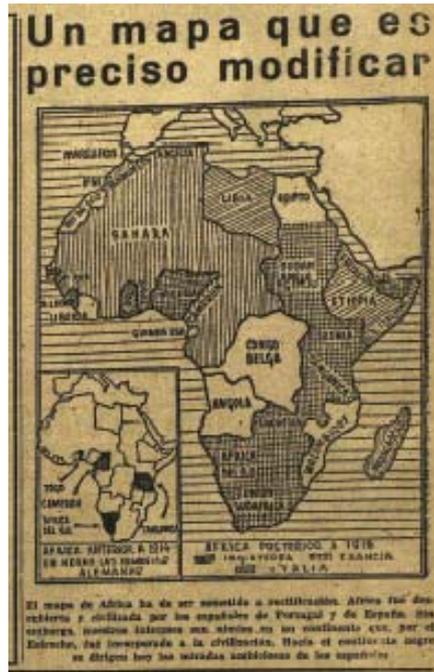
Ha transcurrido un año y medio entre el mapa de la izquierda (24 septiembre 1941) y el de la derecha (29 abril 1943), es decir, entre los primeros compases de la Operación Barbarroja y el fracaso de Stalingrado. Sin embargo, ambos mapas tienen la misma función de advertir al lector de la permanente amenaza comunista (al margen de las vicisitudes de la guerra) en Europa y en el mundo. Por ello, la lucha común de la *nueva* Europa contra el bolchevismo siempre estará justificada, a pesar de las reveses circunstanciales.



A la izquierda, mapa publicado el 15 de mayo de 1942. A la derecha, mapa del 6 de febrero de 1943. Los dos evocan las mismas ideas que Hitler y sus subordinados expresaban periódicamente en sus discursos: el crecimiento del potencial alemán, a costa de los soviéticos, y el espíritu constructivo de este dominio germánico en el continente.

Naturalmente, el nuevo escenario europeo de estos años, no fue obstáculo para añadirle el “factor africano”, el auténtico “espacio vital español”.<sup>46</sup> Era una derivación interesante, porque ofrecía un papel activo a la dictadura española en la construcción del nuevo orden europeo (y en su periferia), permitía combatir –retóricamente– viejos enemigos como Francia y la Gran Bretaña, e insistía en el tópico discurso nacionalista español. El texto de *Solidaridad Nacional* era un catálogo magnífico de estos tópicos, al que se le podía añadir su versión cartográfica (18 julio 1940):

<sup>46</sup>. “El noroeste de África, espacio vital de España”, *Solidaridad Nacional*, 14 junio 1940.



Desde los tiempos de Roma, España y el norte de África aparecen en la Historia como partes integrantes de un todo común, geopolítico; el estrecho de Gibraltar, más que foso aislante, es camino de unión entre las dos tierras hermanas, a través del cual vienen a la Península los africanos, o van allá nuestras galeras imperiales.

Luego que el poder de Roma desaparece, África, más fuerte y dinámica que España, se instala en la Península y llega a los esplendores de Abderramán III. Cuando España recobra su unidad y alcanza plenitud de vigor, las costas africanas son fortines protectores de nuestra expansión vital mediterránea. Durante más de veinte siglos, africanos y españoles nos hemos entendido entrañablemente en todos los órdenes de la relación humana. Y cuando no, a tiros, que es una de tantas maneras de entenderse, según irónica verdad de José Antonio.

Hasta que gentes extrañas al África y a España clavan entre ellos y nosotros el puñal de Gibraltar. Al otro lado quedan Argel y Bugia, y Orán, con su bahía del Mazalquivir, frente a la bahía peninsular de Cartagena; jaguas y piedras teñidas de sangre vieja, y nueva, española! Y Casablanca – ca-sa-blan-ca– actas permanentes de un derecho indeclinable e inalterable. Y aquí permanecen Córdoba y Granada, y Guadalajara. Y toda una geografía y una toponimia que conservan, bajo el polmo acumulado por olvidos centenarios, la constante multiseccular de una clara unidad de destino.

Pero mientras España y África dormían, gentes tan ajenas a Euráfrica, como las que detentan Gibraltar, iban desplazándonos a españoles y africanos de las tierras que, por ser una prolongación natural de España, forman en nuestro espacio vital natural.

He aquí que, por un azar del Destino, los pueblos vuelven a tener ahora la coyuntura de guiar su propio futuro. España, vigilante, interpreta esa coyuntura como una obligación. Y, relegando centenarios encogimientos, se dispone, no beligerante, a hacer respetar sus derechos de pueblo que tuvo alta estirpe y que está dispuesto a recobrarla.

África era un camino secundario de la *nueva* Europa que dibujaba, una y otra vez, Hitler en Alemania; era la vía por la que la *nueva* España podría incorporarse al proyecto futuro que el nazismo en guerra pretendía construir. Estar atentos a la palabra del Führer, permitía dibujar mapas y trazar rutas de expansión, a la espera del derrumbe definitivo del enemigo de Europa, el bolchevismo, y la remodelación definitiva del continente.